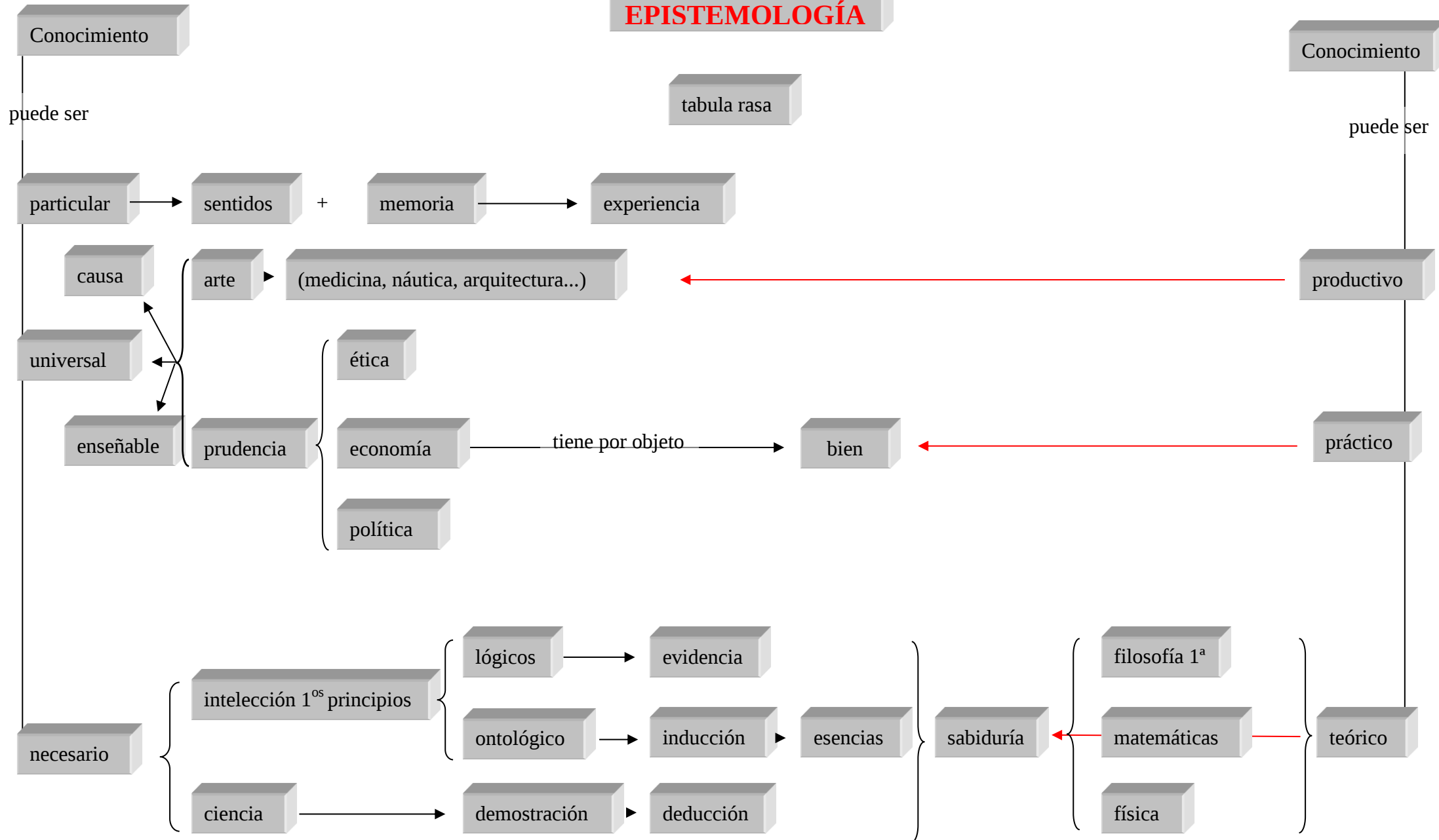
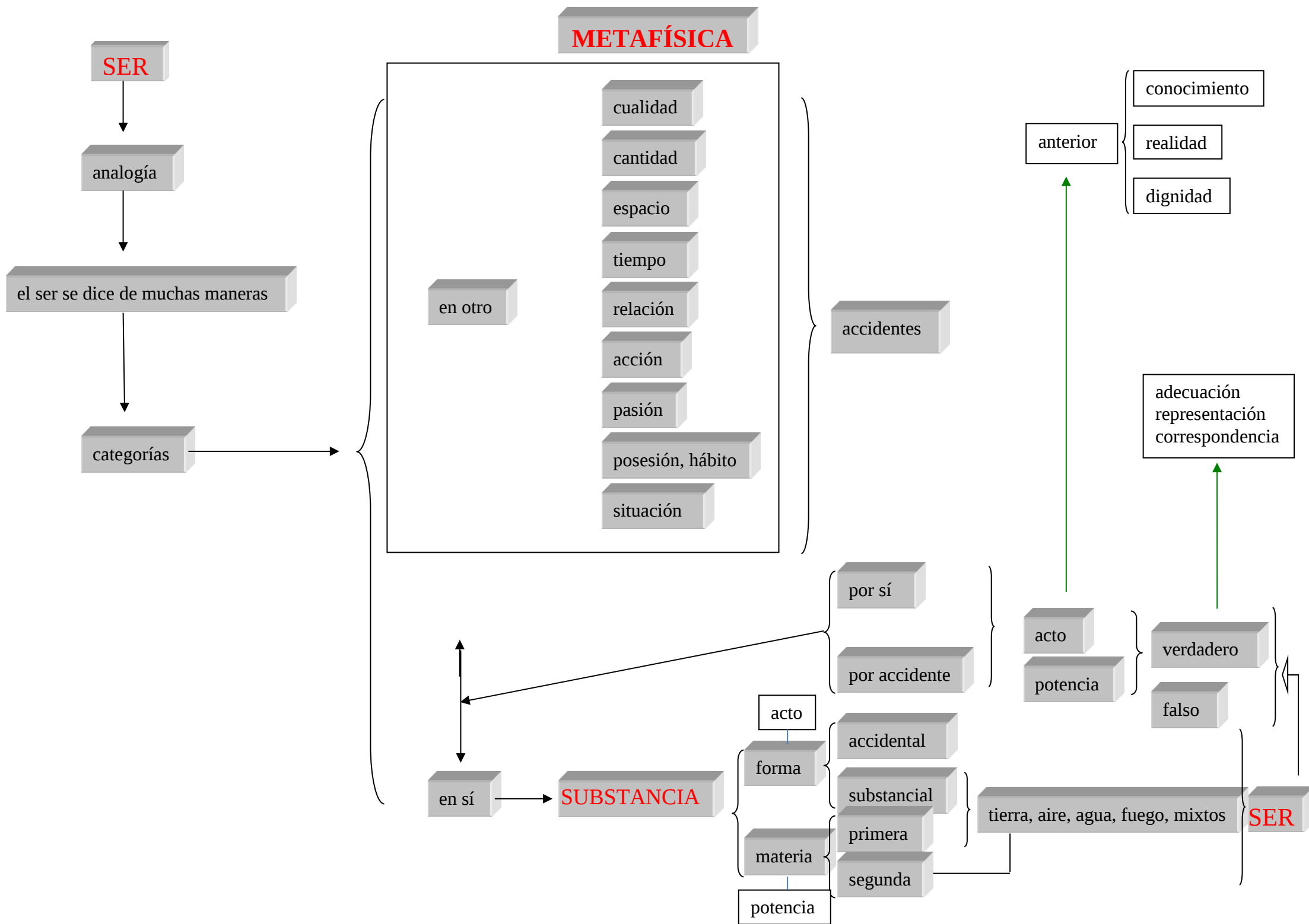


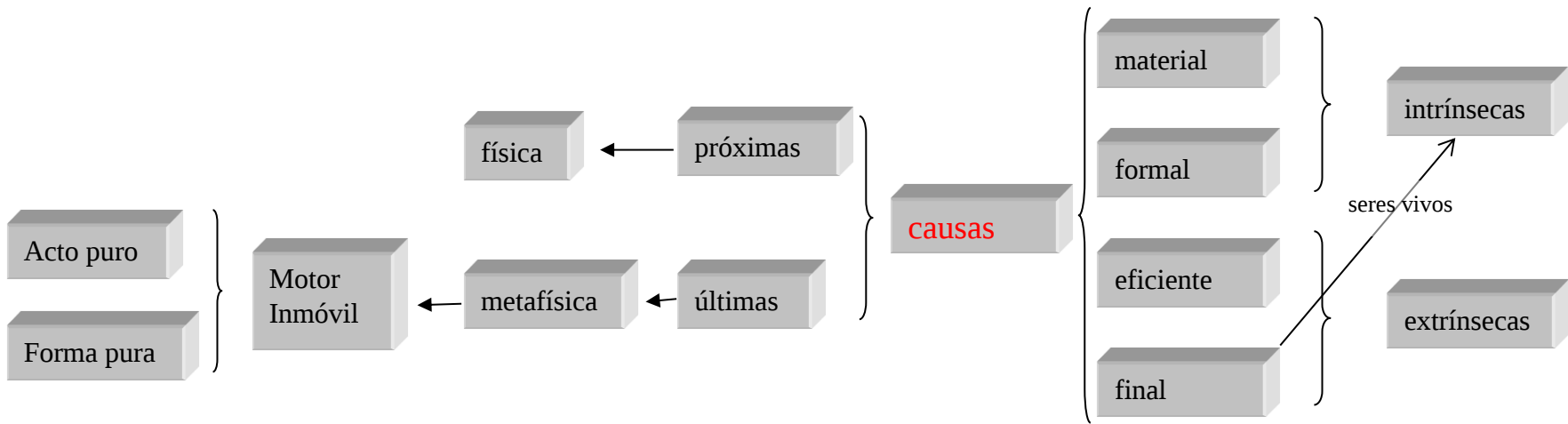
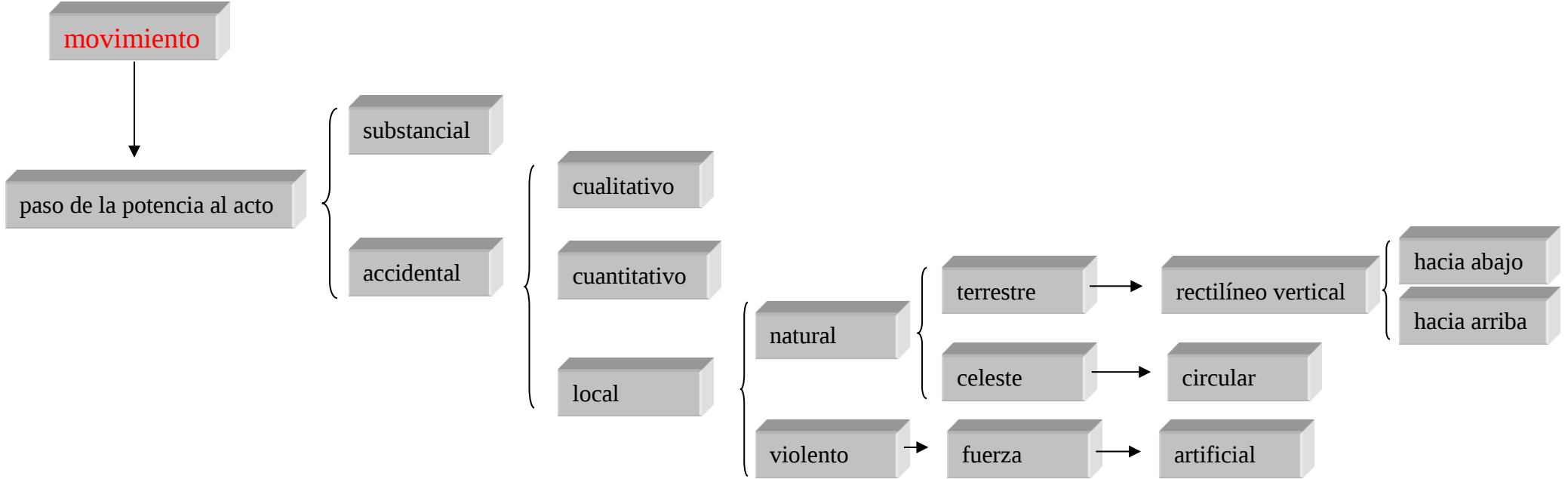
ARISTÓTELES

EPISTEMOLOGÍA

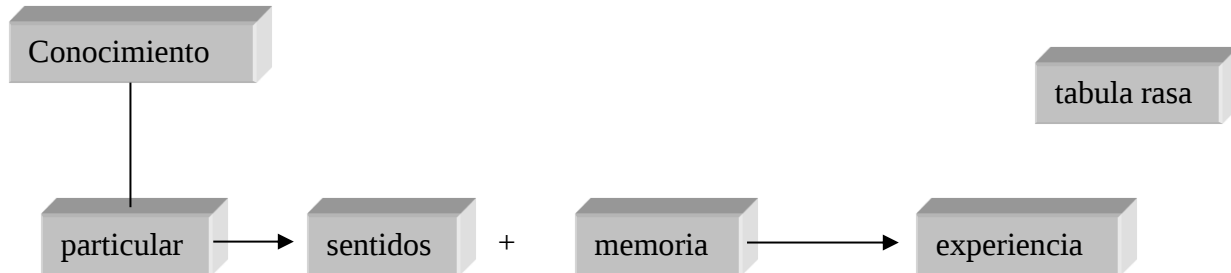




FÍSICA



EPISTEMOLOGÍA



Al contrario que para Platón, para Aristóteles no existen conocimientos innatos. La mente humana, al nacer, es como una hoja en blanco (*tabula rasa*) en la que no hay nada escrito. De ahí que todos nuestros conocimientos se originen a partir de los datos que nos proporcionan los **sentidos**.

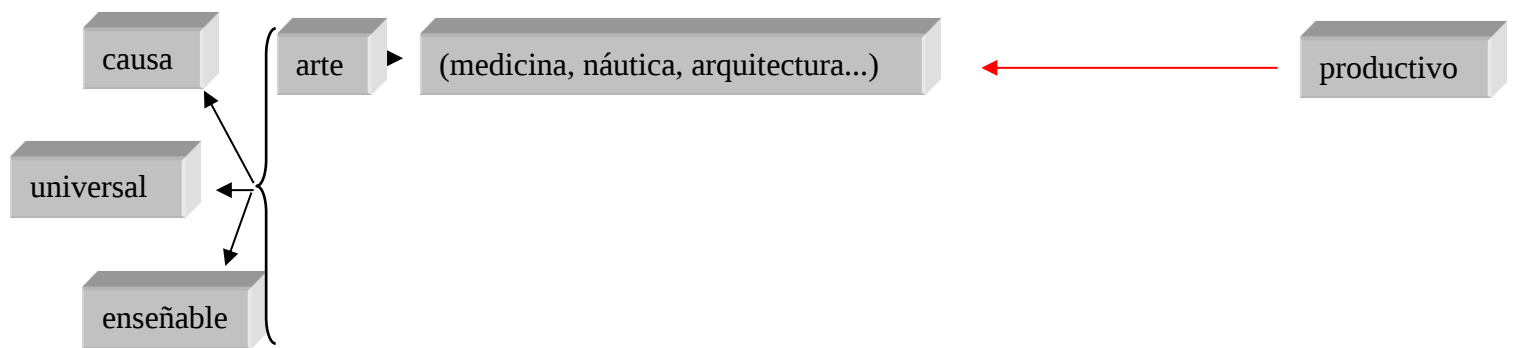
Los sentidos, que Aristóteles clasificó en los cinco que todos conocemos, a saber: vista, oído, olfato, gusto y tacto, nos informan únicamente de los datos presentes en el momento actual. Esa información desaparecía de nuestra mente en cuanto desviásemos la atención a otro objeto, cambiando así la percepción.

Para conservar la información que nos proporcionan los sentidos es necesaria otra facultad, la **memoria**, que retiene en la mente nuestras sensaciones pasadas y nos permite recuperarlas cuando los objetos que las produjeron no están ya presentes.

Aristóteles denomina "**experiencia**" al conjunto de conocimiento sensible y memoria, es decir a la información que conservamos en nuestra mente de las percepciones pasadas.

Mas la experiencia es información sólo de las percepciones pasadas, no de las futuras ni de las posibles. Por muchas que sean las experiencias que hemos tenido de un mismo fenómeno nada implica que el fenómeno se repita en lo sucesivo de la misma manera. Por eso, esta forma de conocimiento se refiere únicamente a esas percepciones **particulares** habidas con anterioridad y no puede extenderse de manera universal a cualquier otra situación, incluso a una situación en la que se partiese de condiciones originales idénticas a las anteriores.

Razón por la cual la experiencia no es ciencia, porque ésta debe reunir dos cualidades inherentes a la legítima sabiduría: la **universalidad**, o certidumbre de que la información se refiere a todos los casos del mismo tipo hayan sido percibidos o no y la **necesidad**, o garantía de la imposibilidad de que ocurran de otra manera.

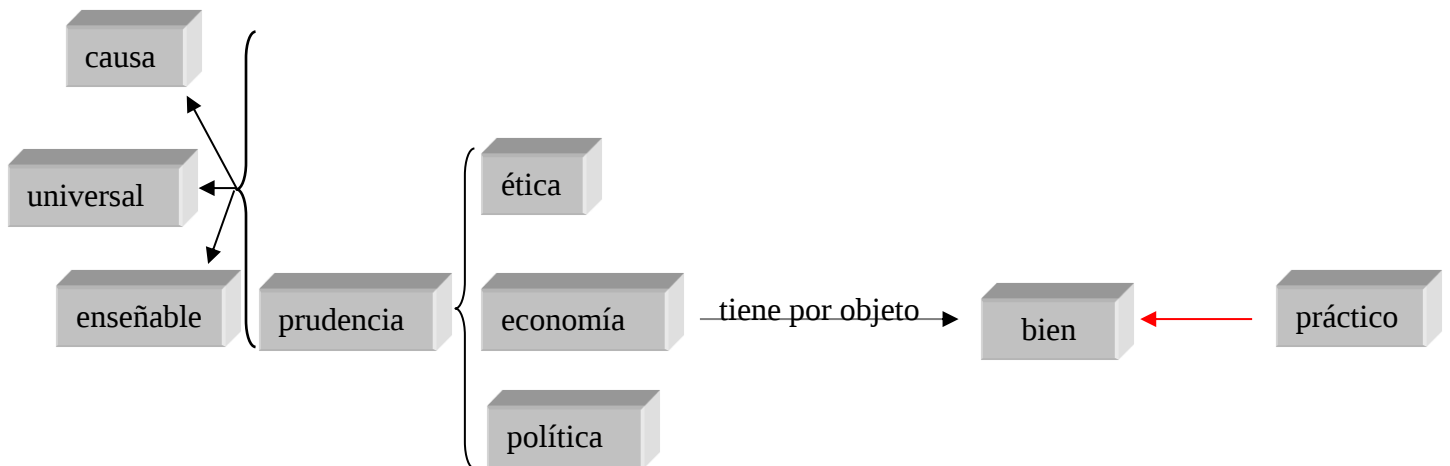


Aristóteles llama “**arte**” (*teckne*) al conocimiento que se refiere a la **producción** o fabricación (*poíesis*) de cosas (o efectos) artificiales.

Natural es “lo que lleva en sí mismo el principio de su ser o movimiento”; artificial, por lo tanto, es todo aquello que ha sido producido por un agente externo, diferente al propio ser (una casa, un mueble o la curación de una enfermedad realizada por un médico).

Para la pertinente producción de lo artificial hace falta un conocimiento (arquitectura, ebanistería, medicina...) que va más allá de la simple experiencia porque, como hemos dicho, la experiencia sólo nos informa de los hechos pasados (un golpecito puede haber hecho funcionar un aparato que se ha estropeado) pero no del “por qué” de los mismos, mientras que el que posee el arte no sólo sabe que algo ha ocurrido, sino que conoce la **causa**, el “por qué” ha ocurrido (una válvula floja, un cable suelto).

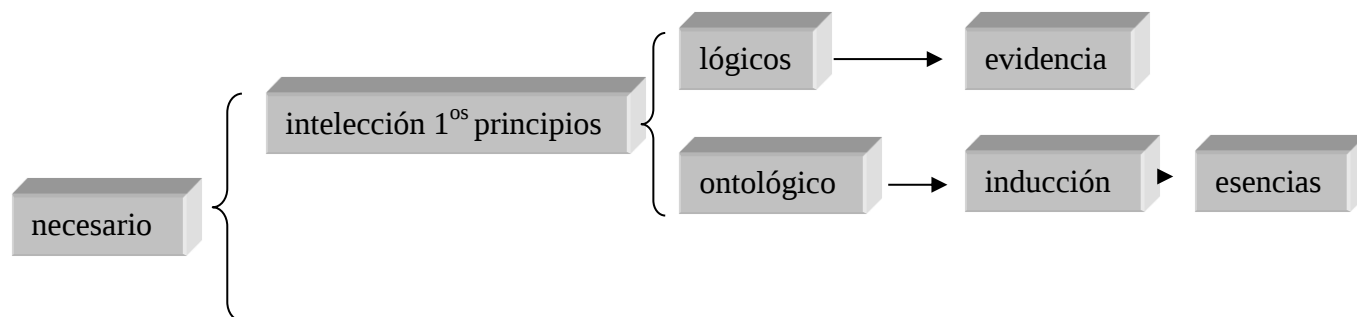
El arte es, pues, un conocimiento “con conocimiento de causa”, razón por la cual puede aplicarse a todos los casos del mismo tipo, alcanzando así la **universalidad** y pudiendo ser transmitido a los demás por medio de la **enseñanza**, mientras que la experiencia es algo personal e intransferible a otros, pues nadie aprende de la experiencia ajena.



Los seres humanos estamos en constante actividad, ya sea porque dormimos, comemos, trabajamos o nos divertimos, el hecho es que estamos siempre realizando alguna acción. Las acciones que realizamos constituyen nuestra “**praxis**” y ésta la decimos nosotros. En cada momento optamos por una de las diferentes acciones que podemos realizar: elegimos lo que comemos, cómo nos divertimos, si descansamos un rato o seguimos trabajando un poco más, si nos casamos o no, si tenemos hijos o la profesión a la que vamos a dedicarnos.

De las decisiones que tomemos respecto a nuestra praxis depende cómo nos vaya en la vida. De ahí que Aristóteles considere hombre **prudente** a aquél que en general y a lo largo de su vida hace las cosas de tal manera que le va bien en la vida. Pero para decidir bien hace falta un conocimiento: el conocimiento, en términos generales, de lo que es **bueno** o malo para el ser humano, de cuál es la mejor manera de vivir. Ninguna decisión aislada hace de un hombre un hombre prudente, sino el conjunto de ellas, la forma de vida que adopta y que se manifiesta en general en las decisiones que toma.

Es a ese **conocimiento del bien y del mal en general** a lo que Aristóteles denomina **prudencia**

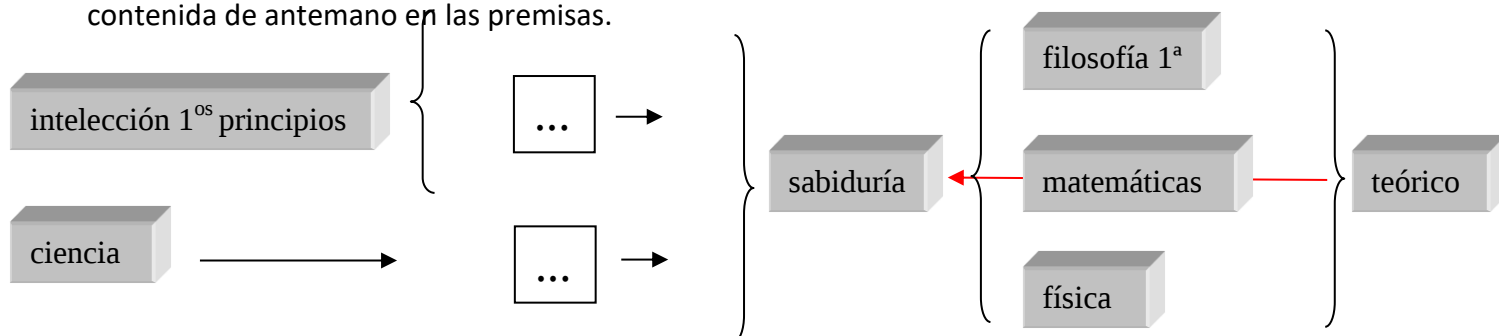


El arte y la prudencia son conocimientos universales, pero todavía les falta una característica para ser ciencia, que es la necesidad, porque los objetos a los que se refieren, a saber los objetos fabricados y las acciones que realizamos, **son** de una cierta manera, pero **podrían ser** de otra manera. Pues bien, como dice Aristóteles, la ciencia tiene que tratar acerca de objetos que tengan como característica la necesidad, pues no puede haber ciencia de lo contingente ya que, si así fuera, todo sería necesario.

La ciencia, pues, solo puede tener por objeto lo que hay de necesario en las cosas y esto es su esencia. Aristóteles atribuye al ser humano la capacidad excepcional de captar el **ser** de las cosas, su **esencia**, por **inducción** mediante un proceso de abstracción que, partiendo de la experiencia, de la observación de las características de varios objetos, que conservamos en la memoria y reproducimos por medio de la imaginación, podemos realizar en nuestra mente una comparación de los mismos y separar aquello que tienen en común de todo lo que los diferencia y formar así el **concepto abstracto** de los mismos. A este proceso y a esta capacidad es a lo que denomina **intelección de los primeros principios**, en este caso, **ontológicos** porque se refiere a lo que las cosas son. La intelección de primeros principios **lógicos** (identidad, contradicción, y tercio excluso) no requiere de otro proceso más que la **evidencia** con la que se nos presentan, que hace que no podamos dudar de ellos.



Una vez captados los principios ontológicos, el ser de cada cosa, y los principios lógicos podemos proceder a la **demostración**, que para Aristóteles consiste en un proceso **deductivo** que, al contrario de la inducción, que va de lo particular a lo general, partiendo de las esencias va demostrando, desde lo general o universal, todo lo que hay de necesario en ellas y que puede ser aplicado a cada caso particular, como en el caso del siguiente razonamiento: «Toda ave es animal», «el gorrión es ave», «luego, el gorrión es animal»; o «Todo A tiene B», «Algún C tiene A», «Luego, algún C tiene B». En cualquier caso, en el razonamiento deductivo la conclusión se halla contenida de antemano en las premisas.



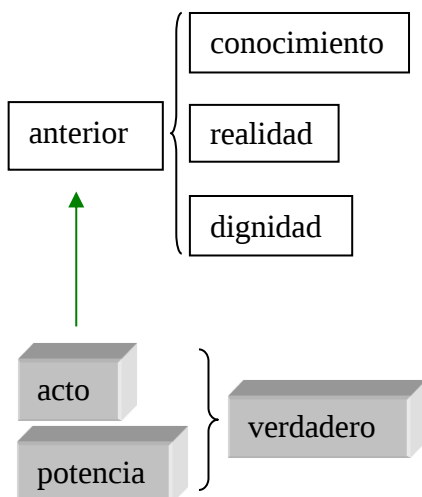
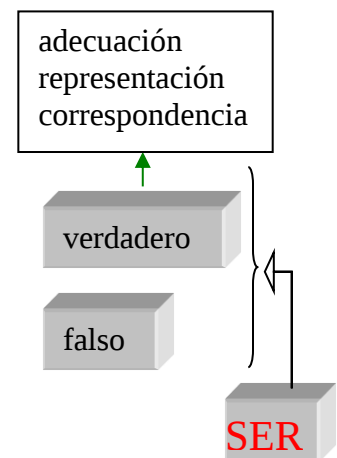
El conocimiento **teórico**, aquel que no se busca más que por el ansia de conocer y que es, por tanto, un fin en sí mismo, la verdadera **sabiduría**, es el **conjunto de intelección y ciencia**. Las ciencias se clasifican por el grado de abstracción en **física**, que prescinde de lo particular y estudia el movimiento, **matemáticas**, que también prescinden del movimiento y solo estudian la figura y la cantidad y la **metafísica**, que prescinde de todo lo anterior y estudia lo que tienen en común todos los seres (ontología) o el estudio del Ser Supremo (teología).

METAFÍSICA



En oposición a Platón, para el que ser eran las ideas y en las cosas sensibles participar de una idea, según Aristóteles **“el ser se dice de muchas maneras”**, es decir que usamos la palabra ser con varios significados, aunque todos ellos remiten a uno que es el fundamental. Ocurre con la palabra “ser” lo mismo que con la palabra “sano”, que se dice de un alimento, de un fármaco o de un color con los diferentes significados de «mantener la salud», «devolver la salud» y «expresar la salud» respectivamente, aunque todos esos significados solo se pueden entender en relación con la salud del individuo, que es lo que propiamente **es sano**, los otros términos, entonces, se entienden por **analogía** con la salud del individuo.

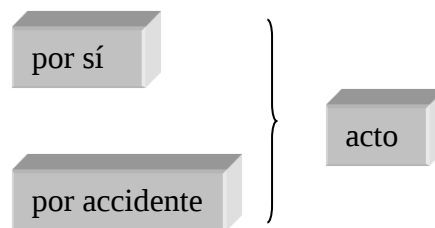
En primer lugar, utilizamos la palabra «ser» y la expresión opuesta «no ser» para manifestar nuestro pensamiento respecto de la **verdad** o de la **falsedad**, como cuando decimos que «esta camisa es blanca» o que «no lo es». En este sentido, la usamos siempre como cópula para unir (o separar) dos conceptos (camisa y blanco); «mesa» no es ni verdadero ni falso y «blanco» tampoco. La **verdad** o la **falsedad** lo que pensamos consistiría, según Aristóteles, en que lo no nosotros unimos en el pensamiento, esté unido en la realidad y tal como lo unimos, en caso contrario, lo que pensamos es falso. A esta noción de verdad se le conoce como «**adecuación**», «**representación**» o «**correspondencia**».



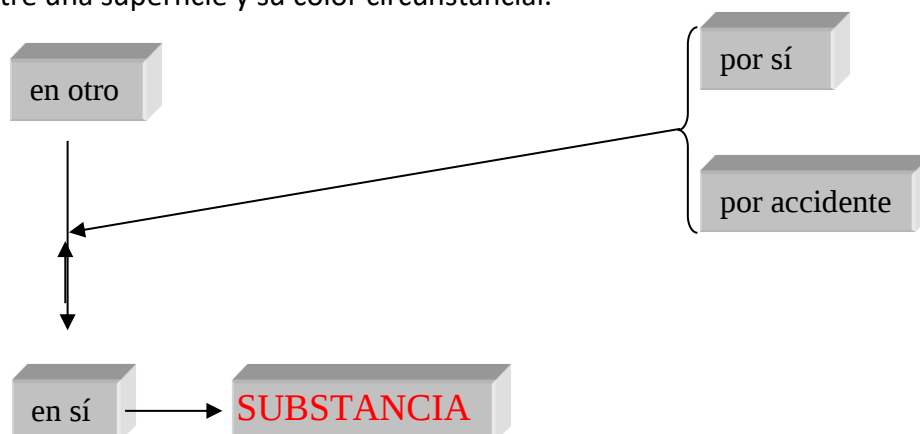
Aristóteles distingue dos modos de ser «verdaderamente»: el «ser en **acto**» y el «ser en **potencia**».

Entiende por «ser en acto» lo que algo es ahora, en la actualidad, en este momento, mientras que en potencia es todo aquello que todavía no es, pero **puede llegar a ser**. Nótese que este poder llegar «es», aunque de una manera diferente al ser en acto, puesto que dos cosas se diferencian entre sí no solo porque lo que ahora son, sino por lo que pueden llegar a ser, aunque no lleguen nunca a actualizar esa posibilidad. La naturaleza dota a cada ser de una serie de posibilidades, de capacidades, en definitiva, de potencialidades, algunas se desarrollarán, se actualizarán, y otras no. Un limonero es limonero porque puede dar limones, aunque las circunstancias climatológicas o el terreno se lo impidan y un ser humano es humano porque puede ser, pongamos, músico, o porque puede actuar según ciertos principios morales, aunque no lo haga nunca.

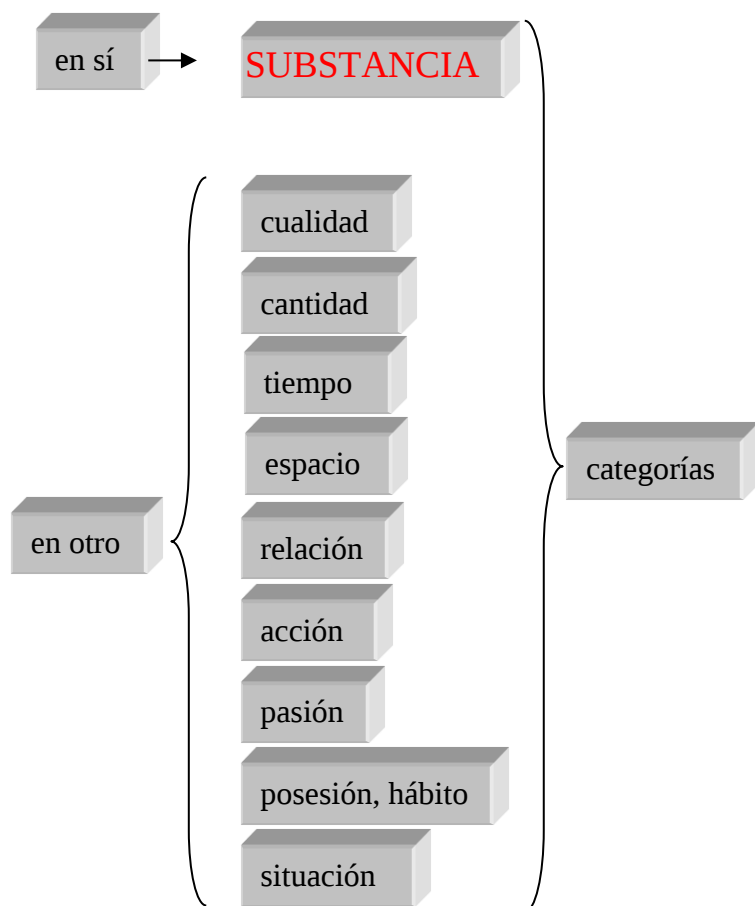
De estos dos modos de ser el acto es siempre **anterior** a la potencia, en el **conocimiento**, porque no se puede saber lo que es un ser en potencia si no se conoce el acto; según Aristóteles, también lo es en la **realidad**, porque las posibilidades de ser están dadas antes de que el ser las realice, como se verá en la demostración del motor inmóvil y, por último, en anterior en **dignidad** y excelencia porque es más la existencia actual que la mera posibilidad.



Dentro de lo que en acto, todavía distingue Aristóteles dos maneras de ser, que denomina «**por sí**» y «**por accidente**». La característica fundamental del accidente es la contingencia, en el sentido de que una propiedad esté vinculada o no a un sujeto dado; así, que un arquitecto sea alto o bajo, blanco o negro, es característica accidental respecto del arquitecto y que un hombre sea arquitecto es accidental en un hombre; pero no es accidental que un arquitecto sea hombre, sino que lo es por sí mismo, por ser arquitecto y sería una cualidad que podría predicarse de todo arquitecto; lo mismo podría decirse de un hombre que es animal o de un triángulo cuyos ángulos miden dos rectos, o de un color que es extenso o de un sonido que es durativo; en todos estos casos la relación entre el predicado y el sujeto muestra un vínculo universal y necesario, mientras que esta universalidad no es necesaria en la relación entre triángulo y la propiedad de ser equilátero o entre una superficie y su color circunstancial.



Finalmente, dentro de lo que es por sí mismo, todavía existen dos maneras de ser: «**en sí**» y «**en otro**». El ser por sí mismo es todavía el ser de algo, como la duración del sonido o la extensión del color. Un sonido, en efecto, es por sí mismo durativo, porque es inherente al sonido el poseer alguna duración, un color es por sí mismo extenso, porque es inherente al color el poseer alguna extensión, de la misma manera que el músico es artista por sí mismo; pero en todos estos casos ninguna de las cualidades existe «en sí» misma sino que son a su vez cualidades de algo y por lo tanto necesitan de ese algo para existir, se encuentran siempre en otra cosa; así, la superficie en el color, la duración en el sonido, el arte en el músico y lo mismo podría decirse de cada uno de los soportes: el sonido es siempre sonido de algo que suena, el bronce por ejemplo; el color es color de una superficie, la superficie de la mesa, y el músico es alguien que es músico, de modo que si no hubiera bronce no habría sonido y si no hubiera superficie, no habría color; el bronce, a su vez es el material de que está hecha la campana... De proseguir con esta serie necesariamente habremos de llegar a un sujeto último que no se pueda predicar de ningún otro, que no necesite de otro para existir. Este sujeto último es la **substancia** (*sub-stare* –lo que está debajo) y que, a diferencia de los accidentes, que están siempre unidos a un sujeto de que dependen para ser, de manera que son siempre «en otro», no necesita de ninguna otra cosa para ser.

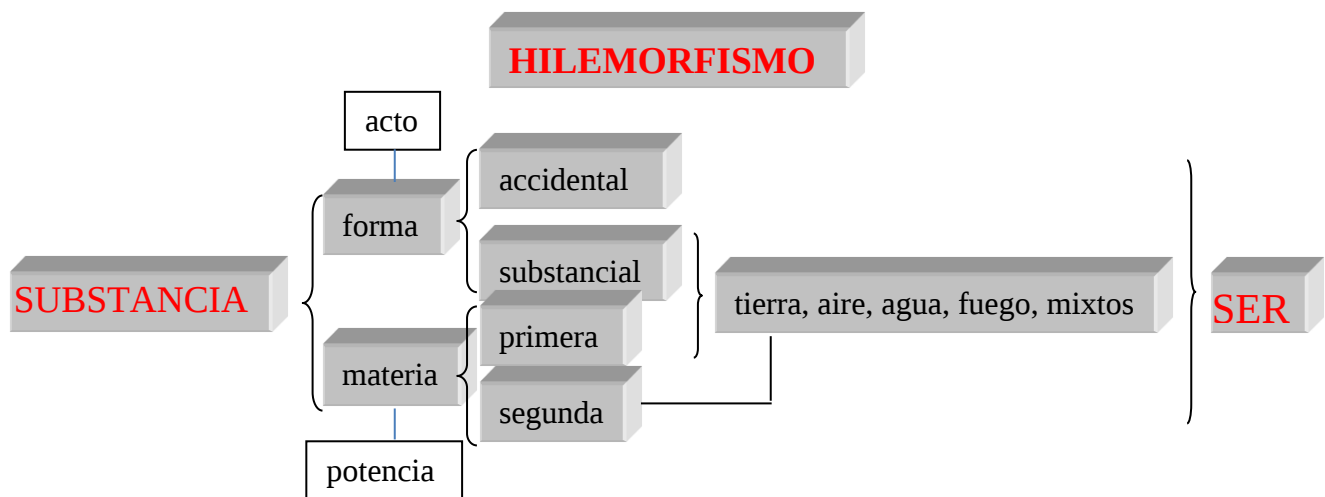


Aristóteles alcanza finalmente una clasificación de todas las maneras posibles en las que alguna cosa puede existir, de forma que cualquier cosa que sea algo deberá encajar en una de las categorías por él establecidas. De ellas, la categoría fundamental es la de **substancia**, que es la única que existe **por sí misma y en sí misma**, por tanto es a ella a la que pertenece propiamente la denominación de «**ser**», la substancia es el **individuo**, el **sujeto último** de todos los accidentes y no puede ser predicada de ninguna otra cosa; porque todo lo demás, al no ser «en sí» sino siempre «en otro», al necesitar de otra cosa para existir, son siempre accidentes unos de otros y en último caso de una substancia, en definitiva, modos de ser de la substancia; las categorías accidentales son la manera en que las substancias se nos muestran, se nos aparecen, se nos manifiestan; constituyen, por tanto los atributos, las modificaciones que la substancia puede admitir.

De modo que «ser» propiamente es la substancia, de las demás categorías se puede decir que «son» pero en un sentido derivado, por analogía con lo que propiamente es, que es la substancia, el individuo, cada uno de los entes individuales existentes; estos entes individuales realmente existentes (por ejemplo dos hombres) se nos muestran por medio de los accidentes: con un color (uno blanco y otro negro), un tamaño (uno alto y otro bajo), en un momento (ayer), en un lugar (en el Liceo), en determinadas relaciones con otros entes individuales (enfrentados), realizando unos actos (herir) y soportando pasivamente la acción de otros entes (ser herido), en determinada posición (de pie) y con ciertas posesiones (vestidos, calzados). Obsérvese que de no existir los dos individuos (substancias) todo lo demás dejaría también de existir.

Por lo tanto, concluye Aristóteles, lo que existe, son los individuos y es a ellos a quienes corresponde propiamente la denominación «ser». Estos individuos tienen ciertas propiedades, de las que analógicamente podemos decir que son en la medida en que “son en los individuos”, participan del ser del individuo; estas propiedades, los **nueve accidentes** restantes, son en potencia en ciertos individuos, potencia que puede ser actualizada o no, excepto aquellas propiedades que están vinculadas esencialmente al individuo, de manera que sin ellas no podría existir como tal individuo, propiedades que el individuo posee “por sí mismo”. De la substancia no se puede decir que es verdadera o falsa, «Juan» no es verdadero ni falso, lo que puede ser verdadero o falso es la relación entre la substancia y las categorías accidentales.

Por último, cabe señalar que esta es una concepción ontológica, se refiere, por tanto, a los individuos reales existentes; si, por el contrario, nos centramos en el discurso, en el lenguaje o en nuestro pensamiento, podemos considerar que, en este sentido puramente **lógico**, la substancia es la **esencia**, en tanto que sujeto último de los atributos que se pueden predicar de ella.



Aristóteles parte del principio, establecido con claridad desde Parménides, de que no es posible el paso del ser al no-ser ni tampoco del no-ser al ser; de modo que de la misma manera que cuando una substancia cambia alguno de sus accidentes la substancia permanece, cuando una substancia se corrompe y otra se genera no se puede explicar este proceso como la desaparición (paso al no-ser) de la primera substancia y aparición (paso del no-ser al ser) de la segunda, sino que es preciso suponer la permanencia algo que, sin embargo ha cambiado absolutamente no solo sus accidentes sino su determinación esencial. A este algo que permanece es a lo que Aristóteles denomina **materia**, mientras que al conjunto de características que determinan a una substancia las denomina **forma**. La forma incluye tanto las características accidentales, **forma accidental**, como las esenciales, **forma substancial**.

La noción de forma, que encontramos anteriormente en autores como Pitágoras y Platón, incluye todas aquellas características que determinan una cantidad de materia concreta y que le hacen ser lo que es; sin embargo, al contrario que Platón, que situaba las formas en una realidad aparte e independiente de la materia, Aristóteles precisa que concluimos la existencia de esa realidad por medio de un análisis lógico y que, de la misma manera que es imposible encontrar una materia que carezca absolutamente de forma, empezando por la cantidad, tampoco es posible una forma que no sea la forma de algo, a saber de una materia, por lo que se trata de dos **principios lógicos ontológicamente inseparables** (co-principios).

Por otra parte, la materia de la que una substancia está conformada es el resultado de una combinación de los cuatro elementos de Empédocles, los cuales, a su vez son substancias y por ende, también deben conformarse a su vez de los dos co-principios enunciados; la cuestión es que no podemos retrotraernos indefinidamente en la búsqueda de las sucesivas materias que componen cada una de las que vayamos proponiendo y nos vemos abocados lógicamente a aceptar la existencia de una **materia primera** o materia prima que considerada en sí misma carezca absolutamente de forma. Esa materia prima es la en realidad la materia de la que todo está conformado. A los cuatro elementos y las materias **mixtas** resultantes de las combinaciones entre ellos, los considera Aristóteles materia también, pero en un segundo sentido, **materia segunda**.

Los conceptos de materia forma se relacionan entre sí como la potencia y el acto respectivamente, de manera que la **materia es potencia respecto de la forma**, siendo la **forma** la que determina una de las posibilidades de la materia, comportándose así como **acto respecto de la materia**. La **materia primera**, al carecer de forma es **potencia pura**, pura posibilidad de llegar a ser cualquier cosa, posibilidad que se actualiza, en primer lugar, en la forma de los cuatro elementos, luego, por combinación de los mismos, en los mixtos y finalmente, la forma accidental completará al individuo concreto.

FÍSICA

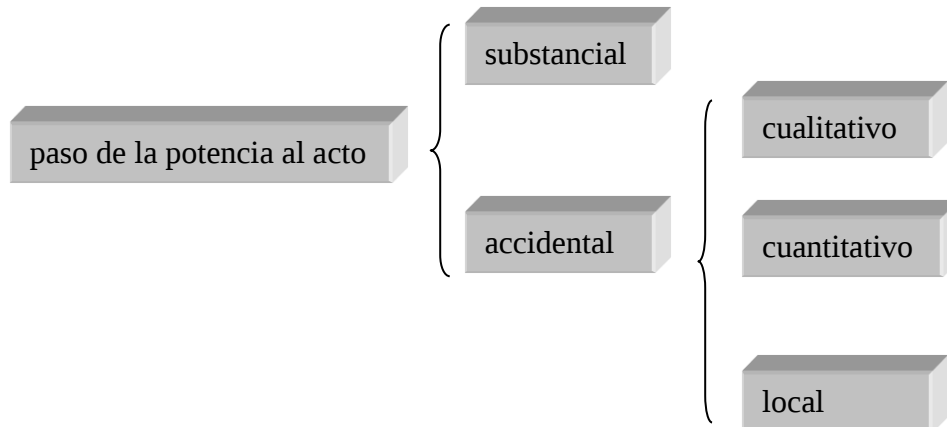
movimiento



paso de la potencia al acto

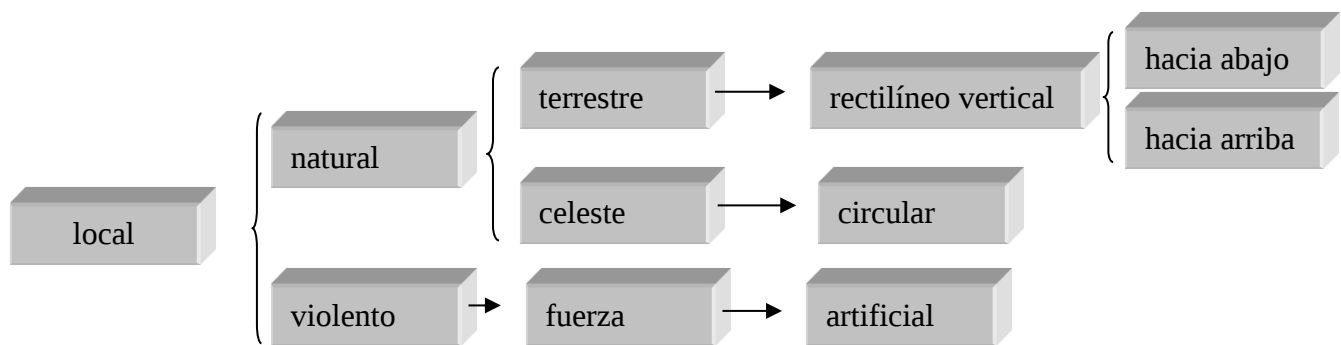
La física es el estudio de la naturaleza, que es definida por Aristóteles como «aquello que lleva en sí el principio de su ser o de su movimiento»; es decir, que la naturaleza es principio **interno de movimiento**, es aquello que **cambia por sí mismo** (la semilla que se transforma en árbol, el huevo en polluelo, el crecimiento del pelo), mientras que artificial será entonces aquello que obedezca a un principio externo, diferente a sí mismo (el árbol podado, el huevo frito, el pelo cortado).

Pues bien, para que en un ser pueda producirse un movimiento natural es necesario que el resultado del mismo, su conclusión, sea algo que se encuentre entre las posibilidades del ser en cuestión, pues por naturaleza no se pueden producir cambios contrarios a la misma naturaleza, tales como que un árbol hable, o un animal fabrique su alimento mediante fotosíntesis, es decir, que la consecuencia del cambio se encuentre entre las potencialidades del ser en cuestión. Así, todo cambio será el tránsito de la potencialidad a la actualización de esa potencialidad, en definitiva **el paso de la potencia al acto**. Esta definición del movimiento o cambio (en el pensamiento antiguo y medieval los términos «movimiento» y «cambio» son sinónimos), característica necesaria y universal de todo movimiento, permitirá a Aristóteles considerar ciencia al estudio de la naturaleza, cosa que Platón nunca había llegado a establecer.



Según eso, Aristóteles distingue dos tipos generales de cambio: el cambio **accidental**, que es cuando cambia una característica de un individuo pero el individuo mismo no cambia, sino que mantiene su identidad y el cambio **substantial**, que se produce cuando un individuo deja de ser (corrupción) y los elementos de los que se compone se descomponen dando lugar a otros individuos diferentes (generación).

Los cambios accidentales, a su vez, los clasifica en **cualitativos** en los que, como su nombre indica, se produce un cambio de cualidad (color, olor, belleza), **cuantitativos**, cuando se produce un aumento o disminución de tamaño (crecimiento, adelgazamiento) y **local**, que es el movimiento de traslación, consiste en pasar de un lugar a otro (a partir de la modernidad éste es el movimiento por excelencia, reservándose el término «cambio» para lo que los antiguos consideraban movimiento cualitativo).

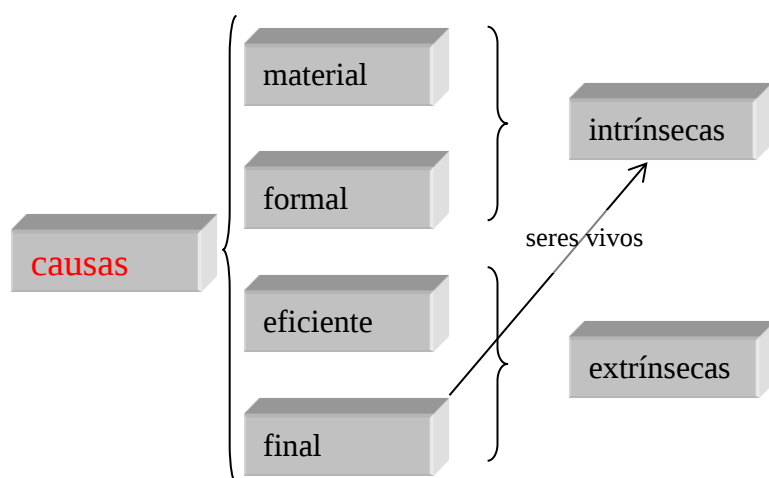


EL movimiento **local** puede ser **natural**, que es el movimiento que realizan los seres por sí mismos, o **violento** que es el producido por una fuerza externa al móvil.

El movimiento local natural es siempre **rectilíneo** y **vertical**, **hacia arriba** o **hacia abajo**. Aristóteles, para explicar este movimiento, elabora la teoría de los **lugares naturales**, según la cual los cuerpos pesados tienden por naturaleza hacia el centro del universo, o sea, el centro de la Tierra, por lo que se dirigen siempre hacia abajo, mientras que los ligeros van en la dirección contraria. Por naturaleza los cuerpos tienden a situarse: en el centro del universo el elemento tierra, luego el agua, por encima del agua el aire y por encima de todos, el fuego.

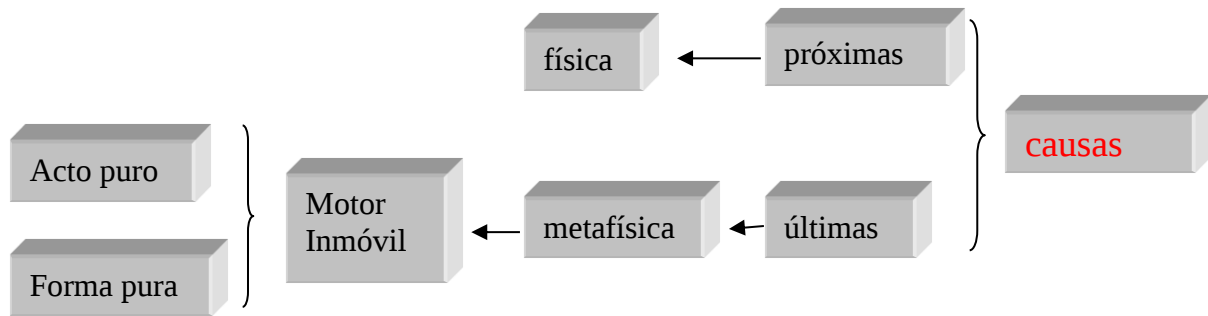
Esto es así en el mundo terrestre o **infralunar**, donde existe todo tipo de cambios, incluido el local y otros, como la generación y corrupción de sustancias; el mundo celeste o **supralunar**, que se encuentra entre la luna y la esfera de las estrellas fijas, límite del universo, en cambio, es un mundo perfecto donde nada se genera ni muere; en un mundo así, que no está compuesto de mismos los elementos del mundo terrestre, sino de un **quinto elemento** o quinta esencia, a la que llamó éter, solo puede existir un movimiento perfecto, siendo éste el movimiento **circular**, que es el único que no nace ni muere, porque no tienen principio ni fin y es siempre igual a sí mismo.

Esta teoría presentaba dificultades a la hora de explicar en el mundo terrestre el movimiento parabólico de un proyectil, cuya trayectoria no se ajusta al movimiento natural, que debería ser rectilíneo y vertical, ni tampoco al violento, pues no es producido por una fuerza constante; así como tampoco lo se ajusta al movimiento de los astros, que se aleja de la circularidad; habría que esperar hasta los *Principia* de Newton, a finales del siglo XVII, cuando se plantee una respuesta satisfactoria para realizar estos cálculos.



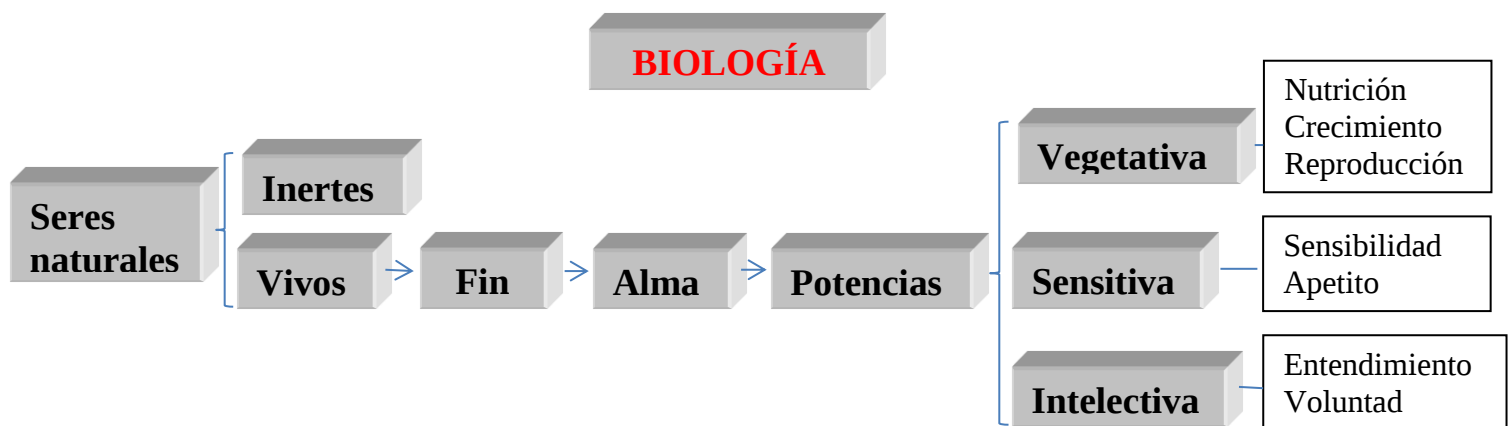
Todo lo que cambia tiene que tener una causa (se sienta así el **principio de causalidad** que mantendrá incuestionado hasta la crítica de Hume). **Causa es aquello de lo cual una cosa depende en su ser o en su hacerse**. Es decir, que nada llega a ser ni cambia (una vez que es) sin una causa.

Aristóteles distingue dos tipos de causas: **intrínsecas**, que son aquellas que se encuentran en el propio ser, a saber, la **materia** (compuesto de elementos) de la que está hecho, y la **forma**, su naturaleza esencial, y **extrínsecas**, el **agente** que lo produce y la **finalidad** a la que se dirige. Como la finalidad de los **seres vivos** les viene dada por su naturaleza, ésta es causa intrínseca en ellos y se identifica con la causa formal.



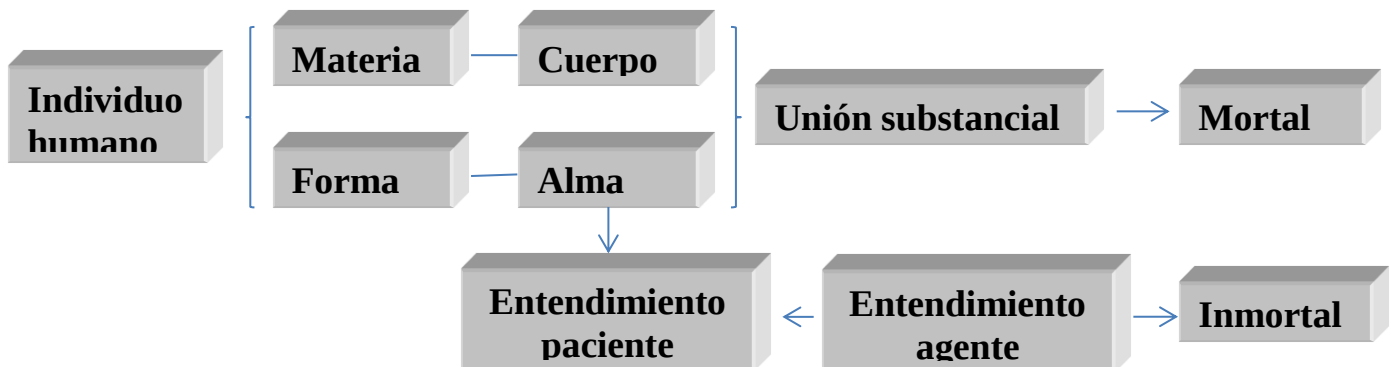
Las causas se dividen también en **próximas**, que son las que estudia la **física**, ya que permanecen en plano de sensible y experimentable y **últimas**, que solo se captan en el nivel de lo inteligible y son estudiadas por la filosofía primera o **metafísica**. Así, Aristóteles procede a la demostración de la existencia de una **causa última** del movimiento a partir de la aplicación sucesiva del principio de causalidad y la necesidad de establecer un límite a la cadena causal, de modo que se hace necesario admitir la existencia de una causa primera del movimiento de la naturaleza, la cual, por ser primera, no se movería, ya que, si ese fuera el caso, sería necesario admitir una nueva causa de su movimiento; se trataría, por lo tanto, de un **Motor Inmóvil**. Al ser inmóvil carecería de potencia, porque lo que es en potencia es móvil, ya que puede actualizarse, sería **Acto puro**, sin potencia, lo que también excluiría la presencia en ello de materia alguna, pues la materia es potencia respecto de la forma, de modo que sería también **Forma Pura**. Por último, al ser inmóvil no podría mover como causa eficiente, como agente, sino que lo haría exclusivamente como **causa final**. El Motor Inmóvil es descrito por Aristóteles como Pensamiento que se piensa a sí mismo.

Podemos representarnos la imagen del cosmos de Aristóteles como la resultante entre dos entidades diferenciadas lógicamente, pero inseparables ontológicamente, que serían la materia primera, potencia pura carente de forma (obsérvese la similitud con conceptos de autores previos, como Anaximandro o la Jôra de Platón) y el motor inmóvil, forma pura que mueve como causa final (también aquí es inevitable la evocación de nociones tales como el logos de Heráclito, el Nous de Anaxágoras o el mundo de las Ideas de Platón). Nos encontramos, sin embargo, aquí con la pretensión de elaborar una concepción de la Naturaleza teleológica e immanente.



Las sustancias terrestres se caracterizan por poseer movimiento intrínseco, pero unas, las **inertes**, solo poseen movimiento local hacia su lugar natural, otras, los seres **vivos**, se dirigen a sí mismas hacia su propio **fin**, hacia su propio bien. Esta diferencia no depende de la materia sino de la forma, por eso Aristóteles llama «**alma**» a la forma del ser vivo. El alma, pues, posee ciertas **potencialidades** que se distribuyen en tres tipos: **vegetativas** (los vegetales), **sensitivas** (los animales) e **intelectivas** (el ser humano).

ANTROPOLOGÍA



En un primer momento, Aristóteles bajo la influencia de Platón, adopta un dualismo antropológico similar al de su maestro al concebir la unión del alma y el cuerpo como una unión accidental de dos sustancias. Posteriormente, Aristóteles afirma la **unión substancial** mediante la aplicación de la teoría hilemórfica. El **alma** se une al **cuerpo** como la **forma** a la **materia**. El alma es, pues, el acto del cuerpo y ambos constituyen **una sola substancia**.

Con esta concepción la unión de alma y cuerpo aparece como algo natural y quedan excluidas las teorías platónicas de la preexistencia, la transmigración y la noción del cuerpo como cárcel del alma así como el concepto materialista de los antiguos filósofos.

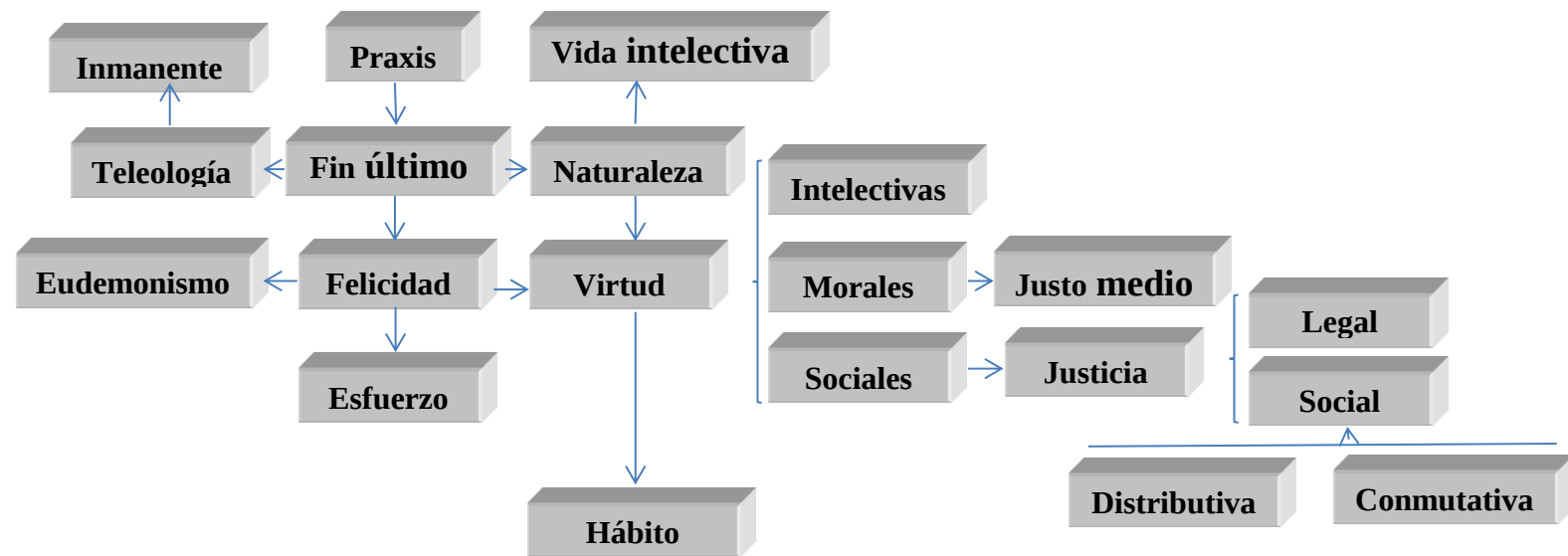
El problema que va a plantear esta concepción es el de la inmortalidad:

En la *"Metafísica"*, Aristóteles restringe la inmortalidad solamente a la parte intelectual del alma. El mismo concepto aparece en *"De Anima"*, donde la inmortalidad queda reservada solamente al entendimiento agente, mientras que el paciente se corrompe con el cuerpo. En la *"Ética a Nicómaco"* se establece con bastante claridad que: *"Podemos desear cosas imposibles, por ejemplo, la inmortalidad"*.

Los conceptos de **entendimiento paciente** y **entendimiento agente** se pueden entender desde la epistemología. Aristóteles entiende la percepción como una función de los sentidos que consistiría en una capacidad de «hacerse semejante» o adoptar un tipo de forma, sin la materia: el ojo (como el espejo) la forma color (sin la materia del objeto), el oído la forma sonido (por ejemplo el sonido de una campana, pero sin el bronce), etc. Cada sentido actualizaría esta particular capacidad por obra de un acto que sería el color en acto, el sonido en acto, etc.

El entendimiento consistiría en la misma capacidad, pero no limitada a un tipo de forma, sino la capacidad de «hacerse semejante» o adoptar cualquier forma. Es decir, el entendimiento, es la capacidad de poder captar el ser de las cosas, su esencia, sin la materia; sería como un microcosmos en potencia sin la materia, capaz de actualizarse mediante la comprensión del ser mismo de las cosas. Esta capacidad solo puede actualizarse por obra de un acto: el ser en acto de todas las posibilidades de ser cualquier cosa. Ese ser en acto, que determinaría el conjunto de las posibilidades de ser, parece identificarlo con el Motor Inmóvil. Dice de él que es universal, común a todos los hombres, que es **«es inmortal y existe siempre»**. Ese sería el **«entendimiento agente»** capaz de afectar a cada uno de los entendimientos particulares. El entendimiento de cada individuo particular sería el **entendimiento paciente** que, en tanto que potencia, recibiría la acción del entendimiento agente y actualizaría sus potencialidades; inseparable de la materia (el cuerpo), el entendimiento paciente se **moriría** con él.

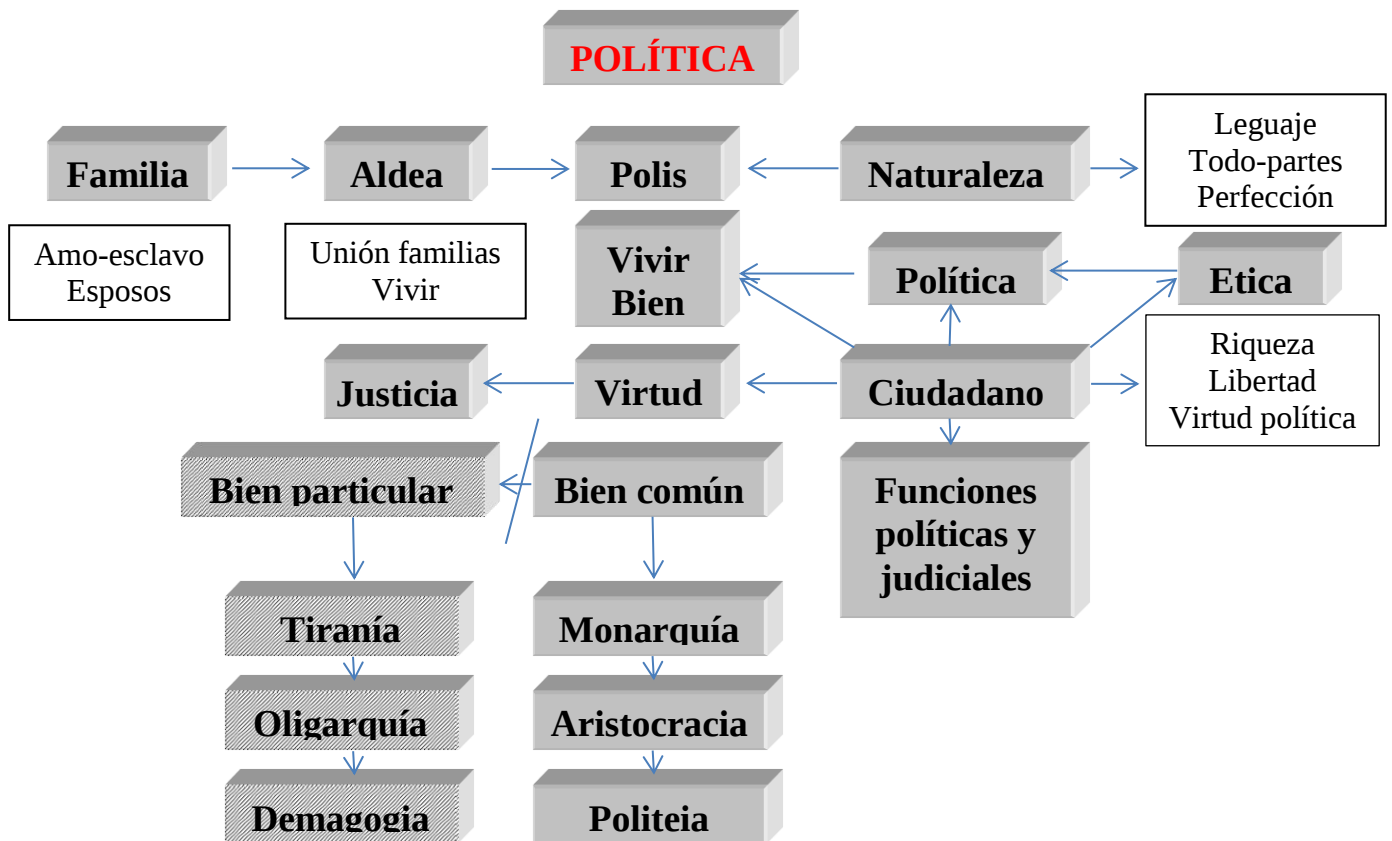
ÉTICA



Toda acción humana (**praxis**) está encaminada a un fin, pero los fines perseguidos son al mismo tiempo medios para alcanzar otros fines, estableciéndose así una jerarquía de fines; el objetivo de la ética es investigar cuál es el **fin último** del hombre, al que estarán subordinados todos los demás. Aristóteles es **eudemonista**, por lo que considera que el fin último es alcanzar la **felicidad**. Falta, entonces, determinar en qué consiste y cómo se alcanza la felicidad, pues no parece haber acuerdo general en ello, cifrándola algunos en el dinero, otros en el placer, otros en el honor, otros en el poder, etc. Aristóteles, es consciente de que sin estos bienes externos, como la riqueza, o los del cuerpo, como la salud, es casi imposible alcanzar la felicidad, sin embargo, ninguno de ellos la garantizan tampoco y está especialmente en contra de aquellos que consideran que la felicidad es algo subjetivo, pues entiende que la naturaleza no hace nada en vano, de modo que el ser humano también tendrá un fin natural con cuya consecución se obtenga, en general, la felicidad. Establece, pues, una **teleología inmanente** a la naturaleza, dado que en todos los seres vivos hay un fin natural que consiste en el desarrollo de las posibilidades con las que les dotó de la propia naturaleza; así, también el ser humano tiene por naturaleza una forma específica que le diferencia de los demás y no es otra que la **vida intelectual**.

Las facultades intelectivas del alma humana incluyen el **entendimiento** y la **voluntad**, por tanto la mejor vida consistirá en la actividad **teorética**, será la vida **contemplativa**, así como optar por aquello que el entendimiento nos presente como bueno (voluntad), por medio de la virtudes de la prudencia y la sabiduría, lo que procure al hombre la verdadera felicidad, aunque deba conjugarla con otras virtudes y con los bienes exteriores.

La felicidad no es alcanzable sin la práctica de la **virtud**, que Aristóteles define como «un hábito bueno», es decir, una habitud, una manera de regular y constante de actuar, de ahí la importancia de la educación, porque es en la infancia cuando se adquieren la mayoría de los hábitos que nos acompañarán el resto de la vida. Distingue entre las **virtudes intelectivas** o **dianoéticas** (sabiduría, ciencia, intelección, prudencia y arte), las **virtudes morales**, que se encuentran en el «**justo medio**» entre dos extremos viciosos y cuya valoración corre a cargo de la prudencia, y las **virtudes sociales**, la más importante de las cuales es la justicia, que puede ser **legal** (el respeto y acatamiento de las leyes) o **social**, distinguiendo entre la justicia **conmutativa**, que se encargaría de regular los contratos y la justicia **distributiva** que consiste en el reparto equitativo de las ventajas y desventajas de la vida social.



Ética y política están íntimamente vinculadas en Aristóteles. Ambos se refieren al bien del hombre; pero aisladamente los hombres no podemos lograr nuestro fin: la felicidad. Necesitamos de la comunidad política para conseguirlo: somos **animales políticos (zōon politikón)**, que desarrollan sus fines en el seno de una comunidad. El Estado no es, para Aristóteles, como lo será a partir de la teoría política moderna, el resultado de un pacto o contrato, sino que es producto de la **naturaleza** humana. Argumenta en favor de esta concepción con la existencia del **lenguaje**, el cual, más allá de los sonidos animales, que valen para transmitir sensaciones, sirve para diferenciar lo justo de lo injusto. Hay además, en la misma naturaleza humana una **tendencia innata a lograr la perfección**, en la cual consiste el bien y la felicidad; pero esta perfección no puede lograrla el individuo solo, aislado, pues no se basta a sí mismo. Necesita de la agrupación con sus semejantes. Por último, señala Aristóteles que puesto que el **todo es de la misma especie que las partes**, siendo las partes de la sociedad de origen natural, es evidente que el Estado existirá también por naturaleza.

Las partes o formas de la comunidad social son: la **familia**, la unidad social básica, una asociación netamente natural, pues es ley de la naturaleza que el varón y la mujer se unan para la continuidad de la especie; la **aldea** o pueblo, resulta de la agrupación de varias familias con el fin de satisfacer las necesidades cotidianas y poder **vivir** y La ciudad-estado o **polis**, que resulta de la unión de varias aldeas o pueblos y cuya finalidad no sólo es **vivir**, sino **vivir bien**; entendiendo por “vivir bien” no la abundancia de bienes materiales, sino la vida conforme a la **virtud**, especialmente conforme a la **justicia**, que es la virtud fundamental de la comunidad política.

El bien de la ciudad y el del individuo coinciden porque la felicidad de la comunidad como un todo es la suma de la felicidad de cada individuo que integre esa comunidad. El Estado, pues, ha de dedicarse a educar a sus ciudadanos en la virtud y a permitir que los ciudadanos sean felices. Sólo en una polis feliz alcanzarán la felicidad los hombres.

Por otra parte, ese “vivir bien” se refiere al conjunto de la ciudadanía, no a una parte de ella, por lo que el fin de la comunidad política viene a ser el **bien común**; bien entendido que **ciudadanos** no son, sin más, los habitantes de la ciudad, sino los que participan en la gestión de lo público. Aunque una ciudad tiene que disponer también de labradores, artesanos, jornaleros, en

definitiva, de aquellos que se dedican a cubrir las necesidades materiales, éstos no son más que condiciones o medios instrumentales, mientras que los verdaderamente constituyentes de la ciudad, sus elementos indispensables, son el elemento armado y el deliberativo. Esto es así porque la ciudad no se constituye en vista de las necesidades de la vida, sino, preferentemente, por causa del bien.

La ciudadanía es un privilegio basado en la condición social, no en las condiciones naturales. Esta condición estriba, en última instancia, en estar libre de trabajos serviles, no tener que dedicarse a la satisfacción de necesidades vitales. En esto consiste la **libertad** del hombre libre, en tener cubiertas las necesidades y de ese modo disfrutar de ocio que es necesario tanto para la práctica de la virtud como para la vida ciudadana, Aristóteles considera como una de las causas de destrucción y desorden, presente en la democracia extrema, el “anexionar y hacer ciudadanos al mayor número posible”: modo de actuar que es propio de los demagogos.

Mas si la ciudad es el conjunto de los ciudadanos, el ser ciudadano viene definido por el régimen, por lo que tanto la oligarquía como la democracia dicen que debe prevalecer la opinión de la mayoría (de los ciudadanos). Los criterios que justifican la concesión del poder político se refieren a cualidades también políticas y no procedentes solo de la dimensión natural; son éstas: la **virtud**, la **riqueza** y la **libertad** y, puesto que el fin de la comunidad no es la mera convivencia, sino la consecución de un vida perfecta y suficiente, es decir la búsqueda de la virtud, será la posesión de la virtud el criterio principal y dentro de ésta, la **virtud política**, que tiene por objeto el desarrollo la vida ciudadana.

Se propone entonces Aristóteles considerar cual es la mejor comunidad política que persiga el **bien común** para todos los que están en condiciones de vivir lo más conforme posible a sus deseos. A este fin, distingue las siguientes formas de gobierno: La **monarquía**, gobierno de uno solo que tiende al bien común; la **aristocracia**, gobierno de varios (los mejores) que tiende al bien común y la **democracia**, gobierno de todos que tiende al bien común. Éstas serían formas justas de gobierno, en la medida en que se proponen el bien común, mientras que la **tiranía** (gobierno también de uno), la **oligarquía** (gobierno también de varios), y la **demagogia** (gobierno también de todos), serían sin embargo, injustas porque buscan alcanzar bienes particulares.

Finalmente, aunque existe una fuerte controversia al respecto, podemos considerar que propone una forma de gobierno a la que denomina **Politeia**, una especie de término medio entre los regímenes entonces imperantes, a saber, la oligarquía y la democracia, una especie de gobierno de las clases medias, de entre los ciudadanos, sometidas al imperio de la ley, ya que mientras que en la democracia los ricos conspiran contra el gobierno, en la oligarquía el pueblo pobre contra la minoría rica y en la tiranía todo el pueblo espera caer sobre el tirano, en la ciudad en donde la mayoría es clase media ni ricos ni pobres podrán conspirar exitosamente para cambiar el gobierno pues la clase media puede aliarse con los ricos o con los pobres fácilmente mientras que es imposible que los pobres y los ricos se alíen entre ellos contra la clase media ya que tienen aspiraciones contrarias. Otra virtud de la clase media es que en la ciudad en donde todos tengan suficiente para vivir bien sin lujos excesivos no se producirá la envidia entre los ciudadanos y reinará, dentro de lo posible, la concordia social que permitirá una convivencia pacífica.

Esta opción por la mayoría de clase media ha sido considerada por muchos como una preferencia por la democracia, preferencia en la que redundarían los argumentos aristotélicos de que «la mayoría se vuelve hostil cuando se ve privada de honores», que «la sabiduría de muchos corrige la de pocos» y que «la colectividad está menos expuesta a la corrupción que los particulares». Esta opción se ve empero muy matizada por la consideración de su concepto restringido de ciudadanía, característico de la época que le tocó vivir.